

bral de la salita donde se hallaban Guillermo y la malvada vecina.

Esta, sin levantarse de su silla, clavó en *el Ángel de los tristes* una mirada llena de osadía.

VIII.

Detrás de Esther apareció una criada que llevaba dos objetos.

Era el uno una linda maceta de porcelana blanca con ramos azules, llena de oscura tierra, y en cuyo centro habia plantada una frondosa mata de violetas.

Aunque el follaje era rico, lustroso y exuberante de verdor y de frescura, solo una florecilla habia abierta en su centro.

Una violeta, única, pero por lo tanto más bella, más rica de colorido y de aroma.

Temblaba en su cáliz una gota de rocío de la mañana, y se conocia que, cuidada por una mano cariñosa, acababa de abrirse á los besos del aura.

Rodeábala multitud de pimpollos que,

hinchidos ya de aroma y de vida, ansiaban desplegar sus hojas de terciopelo.

El otro objeto que llevaba la criada, era un cuadro de media vara pintado al óleo y encerrado en un marco dorado de talla y de forma ovalada.

Este cuadro estaba cubierto con una gasa color de rosa.

Doña Rita, que aborrecía todo lo que era joven, puro, fresco y hermoso, se colocó sus lentes en la nariz y clavó sus malignos ojillos en la casta y deliciosa figura del *Ángel de los tristes*.

Llevaba Esther un traje de seda negro, de hechura lisa, como si para ir á visitar á la desgracia hubiera querido vestirse también de tristeza: sobre el cerrado escote de su vestido volvía un cuellecito de tul liso, guarnecido de un estrecho encaje de Valencienmes.

Sus largos cabellos rubios caían en sedosos rizos por sus mejillas, blancas como el alabastro: sus ojos azules brillaban con húmeda ternura, y toda su hermosa y noble fisonomía respiraba tal encanto y tan dulce sensibilidad, que hasta la maligna solterona se quedó arrobada.

Inclinóse la joven hácia Mercedes, por ser más alta que esta, y la abrazó besándola en la frente con íntimo cariño.

—Mi querida amiga, dijo con su dulce y argentina voz; hoy cumples años, y he querido traerte un recuerdo mio.

—¡Cómo! ¡Esa maceta es para mí! exclamó Mercedes con la alegría propia de su edad y olvidando todo lo que la rodeaba por contemplar el lindo jarrón de porcelana.

—Para tí, repuso Esther: vi que te gustaba la mia, y no pudiendo dártela porque era un regalo de mi buen padre, compré otra igual, sembré por mi mano una planta como la mia, y la he cuidado mucho á fin de ofrecértela el día de tu cumpleaños con alguna flor... Solo una he podido lograr, y esa se ha abierto hoy mismo... ¡mírala!

—¡Oh, qué hermosa es! gritó Mercedes arrojándose de rodillas delante de la maceta que la criada había dejado en el suelo: ¡nunca vi una violeta tan bella!

—Yo soy muy dichosa al verte alegre, amiga mia, continuó Esther; esta flor y este cuadro te recordarán mi cariño.

—¡Cómo! ¡Es también para mí ese cuadro! exclamó Mercedes.

—Sí: es el que me veías pintar por las tardes con tanto afán... porque también quería concluirle para hoy.

—¡Mi ramo! ¡Mi querido ramillete, que aún guardo marchito! volvió á gritar Mercedes que había quitado al cuadro su rosado velo: ¡es el mismo! ¡Un ramillete de violetas atado con una cinta rosa! ¡Oh, Guillermo! prosiguió volviéndose á su hermano: ¡qué lástima que no puedas verle tú, que tanto acariciabas el que me dió Esther!... ¡Es igual!... ¡Igual!... ¡Está retratado aquí!

—Le he copiado, confestó Esther, cuya frente de marfil se había enrojecido al oír decir á su amiga que el ciego había acariciado el ramillete que ella le regaló: sí, prosiguió: le he copiado: vi que amabas mucho las violetas, y como durante una gran parte del año no las hay, mi pincel las ha creado para tí.

—¡Oh, qué corazón tan noble tiene usted, señorita! exclamó Guillermo juntando las manos con admiración: no en vano la llaman *el Ángel de los tristes*.

—¡Ese es un nombre teatral! objetó con gran prosopopeya doña Rita; y por cierto, añadió fijando en Esther una mirada rencorosa,

rosa, por cierto que las obras de esta señorita lo son también, lo mismo que su nombre... ¡Vea V.! ¡Regalar flores y un cuadro á una gente que se muere de hambre! ¡Mejor hubiera V. hecho en traerles algunos panecillos y algunas libras de carne!

Cubrióse de púrpura el hermoso y plácido semblante de Esther, al mismo tiempo que el de Guillermo se vestía de una palidez mortal.

—¡Señora! dijo el ciego con voz sofocada por la cólera: yo pensé que ya no estaba V. en mi casa, puesto que la despedí de ella.

—Si me iba ya cuando entró esta joven reina de teatro, respondió la vieja con una osadía increíble: ¡si ya me iba!... ¿Qué quehacer tengo yo aquí? ¡Solo vine á decir á usted que sus humos de conde mataban á su madre y á su hermana de hambre, que es la peor de las muertes!

—¡Basta! gritó Guillermo con voz terrible.

Pero aquella infame mujer, que quizá se hubiera atemorizado ante la cólera de un hombre sano y bueno, conoció que aún podía atormentar impunemente al desgraciado ciego, y continuó:

—¡Ya se ve que basta... y sobra!... ¡Pues me gusta!... ¡Haz favores para que te los paguen así!... ¡La culpa tiene quien sube á semejante desvan á oír desvergüenzas y á sentarse en sillas viejas de anea! ¡Yo que tengo mis sillones mullidos, mis alfombras... y mis candelabros!... ¡Esto está bueno solo para las comediantas como esta reina de los judíos!...

—¡Señora! exclamó Esther.

—Pues claro está... Hasta el nombre dice bien con la profesion teatral de V... ¡Esther!... ¡Cuántos Asueros trae V. al redor?...

—Señora, respondió Esther, quien, con su claro talento, conoció que no adelantaria nada con irritarse; señora, yo no pertenezco al teatro, ni por el mero hecho de pertenecer á él creo que me desdoraría: sepa usted además que soy hija de un hombre honrado y de una mujer santa por sus virtudes y por su caridad.

—¡Ya, ya! Veo que tambien V. posee esa hermosa virtud; pero, amiguita, lo dicho: si es V. una muchacha juiciosa é hija de padres honrados, podia, en lugar de traer á estas pobres gentes flores y cuadritos, traer-

les pan y algun asado, que les hace más falta.

—Dios ha criado las flores y las artes más para los desgraciados que para los felices, contestó la jóven con una suprema y exquisita dignidad: su bondad es tan grande, tan inmensa, que no habia de dejar para el que sufre únicamente la vida material, tan llena de privaciones y dolores: por eso ha puesto en el alma de los desgraciados, aun más que en la de los dichosos, el sentimiento de lo bello; y es que la tristeza nos acerca á Dios y á las maravillas que prodiga su mano, al mismo tiempo que los goces del mundo alejan á los mortales de su Criador.

—¡Bah, bah, qué gerigonza! respondió doña Rita; nada entiendo de todo eso.

—Lo creo, señora, repuso Esther con una melancólica sonrisa.

—Pero veo, añadió venenosamente la solterona, que Dios ha criado á Vds. y la suerte los junta... ¡Já, já, já! Las palabrotas de usted dicen muy bien con las manías del ciego en querer hacer el duque, cuando ni él ni su familia tienen donde caerse muertos... ¡Já, já, já!

—¡Ahora mismo va V. á salir de aquí!

exclamó Guillermo con voz sorda y buscando á tientas á doña Rita: ¡ahora! repitió mientras sus dientes se chocaban convulsivamente; ¡ahora... ahora!

—¿Cómo es eso, caballero? ¡Saldré cuando me dé la gana! gritó con acento chillón doña Rita. ¡Pues no faltaba más! ¡Sobre que vengo á hacerles un favor y sobre que pido limosna para ellos á esta jóven, todavía se me vienen con roncas!

—¡Salga V., repito!

—¿Está V. jugando á la gallinita ciega, eh?

—¡Señora, váyase V. por Dios! exclamó Mercedes juntando las manos con terror: no es justo que haga padecer así ni que insulte á mi pobre hermano.

—¿Quién insulta á quién? ¿Por qué me echa de aquí? ¿No soy una señora? Y tengan Vds. entendido que me iré cuando se me antoje. ¿Quién me echará? ¡Un ciego y dos muñecas contra mí! ¡Pues bonita soy yo!...

—¡Luz!... ¡Un rayo de luz, Dios mio, y despues tñieblas para siempre! exclamó Guillermo alzando al cielo sus ojos, de los cuales se desprendían amargas lágrimas.

—Vaya, señora, fuera de aquí, dijo á espaldas de doña Rita una voz robusta.

La solterona se volvió con asombro.

No habia pensado en que se hallaba aún allí la criada que habia acompañado á Esther.

—¿Cómo, palurda! ¿Te atreverías?...

—He dicho que va V. á salir de aquí, interrumpió la muchacha, que era una fornida aldeana, llegada hacia pocos meses de su pueblo: y asiendo el flaco brazo de doña Rita, añadió:

—Andando, á la escalera.

—¡Pero esto es infame! gimió aquella, que se sentía arrastrar como una pluma; ¡ponerme la mano encima una záfia criada!

Lupercia, que así se llamaba la criada, no contestó: abrió la puerta de la escalera, sacó afuera á doña Rita y volvió á cerrar en seguida.

Ya no se oyó más la agria voz de la vieja, quien, sin duda por no hacer un ridículo papel con los vecinos, tomó el partido de bajar callandito la escalera.

—¡Oh, señorita! exclamó Guillermo enjugando las lágrimas que aún temblaban en sus largas pestañas negras y dejándose

caer en medio de la estancia: ¡oh, señorita, déjeme V. que bese su mano! ¡Esa mano generosa que ha sabido derramar un rayo de alegría sobre el corazón de mi pobre hermana!

—Aquí está la mano de una amiga, dijo Esther adelantándose noblemente y poniendo su blanca y pequeña mano entre las del ciego; pero solo se la doy para que, apoyándose en ella, deje esa humilde postura que no conviene á la amistad.

—¡Cómo podremos expresar á V. nuestra gratitud! continuó Guillermo levantándose y sin atreverse á llevar á sus labios la mano de Esther: sin V., sin su presencia, no sé hasta cuándo nos hubiera estado martirizando esa odiosa mujer.

—Lupercia la sacó de aquí, dijo Esther, y á ella debo yo también darle gracias, porque nos ha librado de un terrible apuro.

—¡No que no! repuso la gruesa doméstica: ¡que la hubiera yo dejado un poco más, y de fijo que les pega á Vds.! ¡Si las solteronas viejas son el demonio! ¡tienen el corazón más duro que un canto!... Vió á este pobre señorito ciego y á Vds. dos que parecen dos alféñiques, y dijo:—¡Ahora es la mia!—pero no

contaba con la huéspedea, es decir, con los puños de Lupercia.

Un rumor sordo, que se oyó al otro lado de la puerta de la habitación, siguió á las palabras de la animosa campesina: oíase subir á algunas personas con paso tardo la escalera de la casa.

De pronto cesó el rumor y se oyó sonar la campanilla.

Lupercia fué á abrir, y dos mozos de esquina entraron en la salita sosteniendo un cuerpo inerte, y al parecer sin vida.

—¡Madre!... ¡Madre mia! gritó Mercedes arrojándose hácia él y tomando sus manos heladas.

—¡Eh! señorita... es preciso que pongamos á esta pobre señora en una cama, porque debe estar muy enferma.

—¡Mi madre!... exclamó Guillermo: ¡mi madre enferma!... ¿dónde está?... ¿Qué ha sucedido?

Y el desgraciado empezó á andar hácia el sitio en donde sonaban las voces, extendiendo las manos con ansia dolorosa.

—¡Un médico! Anda á llamar al de casa, Lupercia, dijo Esther: no vive lejos de aquí.

—¿Qué ha sucedido? preguntó despues á

los mozos de esquina en tanto que Guillermo, sentado á un lado del aposento y sombrío, dejaba escapar de vez en cuando un ronco sollozo.

—¡Toma! señorita... ha sucedido que, estando nosotros en la esquina de la calle de Carretas, vimos venir á esta pobre señora muy despacito y de un modo tal que parecia no podia arrastrarse: cuando la vi así tan descolorida y además con un traje tan miserable, dije á mi compañero:—Ahí viene una persona que se muere de hambre.—Es cierto, me respondió: ¡pobre mujer! Si no tuviera la mía y cinco hijos, le daría dos pesetas que tengo en el bolsillo; pero, amigo, lo primero es lo primero.

—Buen hombre, Dios recompensará tan noble pensamiento; dijo Esther en voz baja y al mismo tiempo que enjugaba sus ojos llenos de lágrimas.

—Pues, sígo, señorita, y Dios mismo la bendiga, que me parece V. un ángel de caridad: esa pobre señora habia andado algunos pasos más allá de nosotros, cuando la vimos caer... redondita al suelo... Entonces mi compañero y yo corrimos á ella y la levantamos; pero no sabíamos á dónde llevar-

la, cuando hé aquí que pasa una señora y nos dice:—¡Ah, pobre mujer! ¡Qué dolor para sus hijos!

—Pues qué, le pregunté yo, ¿sabe V. dónde vive?

—¡Que si lo sé! ¡Si es vecina mía! respondió: vive en la calle B..., en una hermosa casa, núm. 56, pero por la escalera interior; un cuarto tercero que ya está al fin de ella.

—Entonces, prosiguió el mozo, llamamos á un cochero que pasaba con su coche de vacío: subimos á él á la señora, y la hemos traído despacio, y caminando mi compañero y yo al lado del carruaje.

—¡Gracias, buen hombre! dijo Esther: tanto V. como su compañero han sido nobles y generosos: merecen recompensa sin duda, y la mayor y la más verdadera será la gratitud de esta pobre familia y el placer que habrá dejado en su alma una accion tan bella: yo soy hija de familia, continuó Esther, y no tengo en el bolsillo más que muy poco dinero; pero voy á dar á Vds. aquello de que puedo disponer.

Y la jóven, despues de haber pronunciado con suma gracia y dignidad estas palabras, se quitó sus pendienteitos de oro, que forma-

ban un corazón en cuyo centro había engastada una esmeralda, y los presentó al mozo de esquina, que los tomó atónito y como maquinalmente.

Luego se acercó al otro, sacó del dedo anular de su mano izquierda una sortija con un brillante, y se la presentó igualmente.

—Pero, señorita, dijo este, lo que hemos hecho no merece que V. se despoje de sus alhajas por nosotros: no podemos admitir tan crecida recompensa: siempre fué obligación de todo buen cristiano socorrer en lo posible al que sufre.

—¡Ay, amigo mio! repuso Esther; ese es un deber, es cierto; pero hay personas que no lo cumplen, y siempre es digna de recompensa una acción tan benéfica como la que V. y su compañero acaban de practicar: guarde V. también mis pendientes, excelente hombre: ni una ni otra cosa les doy como recompensa, sino como un recuerdo de su caritativa acción.

—Muchas gracias, pues, señorita, dijo el mozo: tiene V. miel en los labios para persuadir: nunca venderé estas joyas que V. ha usado; pero mire V., acabo de casarme y

quiero mucho á mi mujer, que es buena y muy linda muchacha; pues bien, le regalaré los pendientes, y ella los usará.

—Me place mucho, observó Esther: ellos recordarán á su esposa de V. que está casada con un hombre generoso.

—Yo, dijo el otro, hace ya años que estoy casado y tengo cinco hijos; pero en querer y estimar á mi mujer no me gana ni Santiago ni nadie, y también daré esta hermosa sortija á mi mujer.

En aquel instante, la puerta que había dejado entornada Lupercia se abrió con estrépito, y la misma Lupercia se precipitó descolorida y jadeante en la habitación.

—¿Qué es eso? ¿Y el médico? preguntó Esther, cuyo fiel corazón le avisó de que alguna desgracia la amagaba.

—¡El médico!... exclamó la muchacha con voz sofocada: ¡el médico!... ¡Ay, señorita de mi alma!

—¡Dios mio!... ¿Qué ocurre?... ¿Qué sucede?... ¡Habla!...

—¡El médico está en casa!...

—¡En casa!... ¿Pues quién hay enfermo?... ¡Mi padre?... ¡Mi madre?... ¡Habla sin temor!

—¡Pues bien, señorita... la señora!...

:

—¿Qué?

—¡Se ha puesto muy mala! Cuando yo volvía de llamar al señor doctor, quien, según me dijeron no se hallaba en su casa, iba otro criado á buscarle para la señora... le encontró que volvía, y le llevó á casa.

Esther no oyó las últimas palabras de Lupercia: al oír que su madre estaba muy mala, exhaló un grito desgarrador y salió corriendo de la habitación, cruzó rápidamente la calle, y entró en su casa palpitante de temor y de angustia.

Los dos hombres, conductores de doña Clara, salieron también.

En aquella pobre habitación quedaron solamente Mercedes, que lloraba amedrentada y aturdida, Guillermo, taciturno y sombrío, y la infeliz madre tendida é inanimada sobre su misero lecho.

IX.

Moria la tarde de aquel triste día, cuando el pobre ciego se levantó de la silla en que había permanecido desde por la mañana.

Mercedes había ido á la cocina y traído encendido un veloncillo de hojadelata que apenas podía disipar las sombras que en pos de sí llevaba el crepúsculo.

La pobre niña no sabía qué hacer: el lio de costura que su madre había devuelto, hecha ya, al almacén, había sido entregado, á no dudar, puesto que los dos honrados hombres que la condujeron á su casa nada habían traído.

Mas, sin embargo, por una de esas desgraciadas casualidades, no debía haber sido pagada la obra, puesto que por más que re-

gistró con tímida mano los bolsillos del vestido de su madre, ni una moneda encontró en ellos.

Solo las personas que han tocado uno de esos apuros prosáicos, pero positivos y dolorosos de la vida, pueden conocer la zozobra de aquella desgraciada criatura, que, no obstante sus cortos años, estaba ya agobiada con tan árduos y desconsoladores cuidados.

Doña Clara habia recobrado el conocimiento; pero vencida por una debilidad infinita, ni movia de la almohada su dolorida cabeza, ni siquiera parecia tener fuerzas para abrir los ojos.

Su hija sabia que desde el dia anterior por la mañana no habia tomado ningun alimento; y la pobre niña, convencida de que lo que tenia sobre todo era una excesiva debilidad y de que ningun socorro podia prestarle, ora miraba al cielo con angustia, ora á su hermano que, sombrío y silencioso, andaba por el aposento con pasos desiguales.

Largo rato esperó á que Guillermo rompiese el silencio: mas ¡ay! ¡fué en vano! Hacía ya muchas horas que duraba, y cada instante se iba haciendo más sombrío.

Las primeras nieblas de la noche aumentaron la angustia de la pobre niña, que, despues de poner la luz sobre la cómoda, se acercó á su hermano y le tocó en el hombro con timidez.

—¿Qué... qué es eso?... preguntó el jóven como si volviera de un profundo sueño.

—Guillermo, dijo Mercedes con voz baja y temblorosa; temo afligirte... pero nuestra madre hace muchas horas que no ha tomado alimento, y no hay nada en casa que darle.

—Ten un poco de paciencia, contestó Guillermo con voz sorda é impregnada de amargura: un poco de paciencia nada más... vá á cerrar la noche... espera.

—¡Dios mio! ¿Qué quieres decir, hermano mio? exclamó la niña asustada por la expresion de las facciones de su hermano. ¡No te comprendo!

—¿Para qué quieres comprenderme, hermana mia? repuso el ciego con más amargura todavía: demasiados males has comprendido ya y has tocado para tu edad. Pero calla... ¿no dan las siete y media?...

—Sí.

—Bien: estamos en Abril, luego debe ser ya casi de noche... Al dar las ocho iré yo

en busca de algun socorro para nuestra madre.

—¡Algun socorro! repitió asombrada Mercedes. ¡Dios mio! Guillermo, ¿será posible que sepas dónde podremos hallar algun socorro?

—Sí, contestó el ciego; ¡en la caridad pública!

—¡Qué dices!

—Digo, hermana, que así que cierre completamente la noche, me despojaré de esta elegante bata, que nunca debí haberme puesto, me pondré mi vieja levita negra, bajaré á la puerta de nuestra casa y pediré una limosna á las buenas almas que Dios quiera acercar á mí.

—¡Virgen santa! ¡Pedir limosna tú! exclamó Mercedes horrorizada; ¡tú, hijo de personas nobles y que han sido ricas! Guillermo, ¿te has vuelto loco?

—Si tuviera vista, trabajaria, respondió el jóven; como no la tengo, iré á buscaros un pedazo de pan de la única manera que me es dado hacerlo: no envilece pedir por amor de Dios, hermana mia; robar sí, y yo no robaré ni cometeré jamás una mala accion, ni con vista ni sin ella.

La pobre niña nada respondió: con el semblante oculto entre los plieges de su delantal, lloraba.

—Vamos, continuó Guillermo: vamos, Mercedes, no llores... ya dan las ocho... tráeme la levita... no la más mala... la mejor: no es bueno, ni justo, ni cristiano aparentar mayor miseria de la que se tiene.

Mercedes fué á buscar la levita y ayudó á su hermano, quien, teniendo ya la bata quitada, se la puso al instante.

—Voy á decir adios á nuestra madre, dijo Guillermo así que estuvo vestido, y despues me ayudarás á bajar la escalera y á colocarme en la acera.

Dichas estas palabras, fué con bastante seguridad á arrodillarse ante el lecho de su madre.

Tomó una de sus manos que pendia lánguidamente, y apoyando su frente en ella, permaneció algunos instantes en esta postura.

¿Qué pensamientos ocupaban en aquellos instantes la dolorida cabeza de Guillermo?

Solo Dios pudo saberlo; pero los que comprendan algo de gratitud y de amor, podrán

suponer, sin temor de equivocarse, que desde lo íntimo de su alma pedía perdón al Todopoderoso y á aquella pobre madre enferma de su falta de conformidad y de las penas que le habia causado.

Levantóse, por fin, con los ojos secos, las mejillas animadas de un vivo carmin y el pecho palpitante.

Parecía animado de entusiasmo, y no era extraño: porque si iba á sufrir una prueba dolorosa, iba en algun modo á compensar á su madre de una parte de lo que habia sufrido por él durante tanto tiempo.

—¡Vamos! dijo á su hermana.

Y apoyándose en su brazo, salió con paso firme.

Doña Clara no advirtió que se quedaba sola: esa pesada somnolencia que precede en las naturalezas delicadas á la aparición de las primeras angustias del hambre, la envolvía como un helado sudario.

En tanto que ella permanecía inmóvil, sus hijos llegaron al fin de la escalera, y salieron á la calle.

—¿Te quedarás aquí, verdad? preguntó Mercedes á su hermano.

—No, respondió este: nuestra calle es, se-

gun dicen, bastante solitaria; ¿no hay otra más céntrica cerca de aquí?

—Sí... aquí... á la vuelta... ¡Pero en ella vive Esther con sus padres!

—¡Bien! ¿Y qué importa?

—¡Dios mio! ¡Te verán!

—Dios me ve tambien, y grita dentro de mi alma: «¡Cumple con tu deber!» Así, pues, hermana mia, no temas que yo sufra y acompáñame á esa otra calle por la cual pasa más gente.

—Vamos, pues, ya que lo quieres.

Mercedes asió la mano de su hermano y le condujo á la otra calle por donde pasaba más gente, y que, á aquella hora, estaba más concurrida que á ninguna otra del dia.

—Ahora, vete arriba, dijo Guillermo á su hermana con voz serena.

La pobre niña no se movió.

—¿No me has oido? observó Guillermo; vete á cuidar de nuestra pobre madre, que Dios tocará algun buen corazon que nos socorra: yo estoy tranquilo, ya lo ves; voy á cumplir un sagrado deber.

Mercedes, casi convencida por las palabras de su hermano, y, sobre todo, por el acento con que las pronunciaba, dió la vuelta á la

calle y empezó á subir de nuevo la escalera.

Pero de sus ojos se desprendian gruesas lágrimas, sin que, por más esfuerzos que hacia, pudiese contenerlas.

Guillermo quedó en la acera, y aplicó el oido para distinguir si pasaba alguna persona cerca de él.

No tardó en percibir el fuerte ruido de unos tacones.

Entonces abrió los labios y extendió la mano; pero ni un sonido salió de su garganta, ni aquella fina y blanca mano pudo quedarse extendida durante largo tiempo, pues bien pronto un doloroso rubor hizo caer con desaliento el brazo que la sostenia.

El transeunte se alejó sin comprender el inmenso dolor que hubiera podido aliviar.

¡Oh, mis queridos lectores! Si alguna vez cuando paseis con vuestros padres por alguna de las más populosas calles de la córte, veis á un pobre jóven, á una infeliz mujer que os tienden en silencio una mano temblorosa, compadecedles profundamente, y si os es posible, dejad algun socorro en ella. No sabeis quizá, ¡y felices vosotros que lo ignorais! no sabeis la cruel vergüenza, el asombro, el amargo rubor que cuesta, á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1825 MONTERREY, N. L.

lta
di-

aquel ser desgraciado implorar vuestra caridad!

¡Tal vez ha sido llevado á aquel extremo parà no ver morir de hambre á su madre ó á sus hijos! ¡Tal vez le obliga á tan cruel extremo el instinto de la propia conservacion! ¡Pensad en el pobre Guillermo, y le socorred con vuestra limosna, ó le consolareis al menos con vuestra compasion!

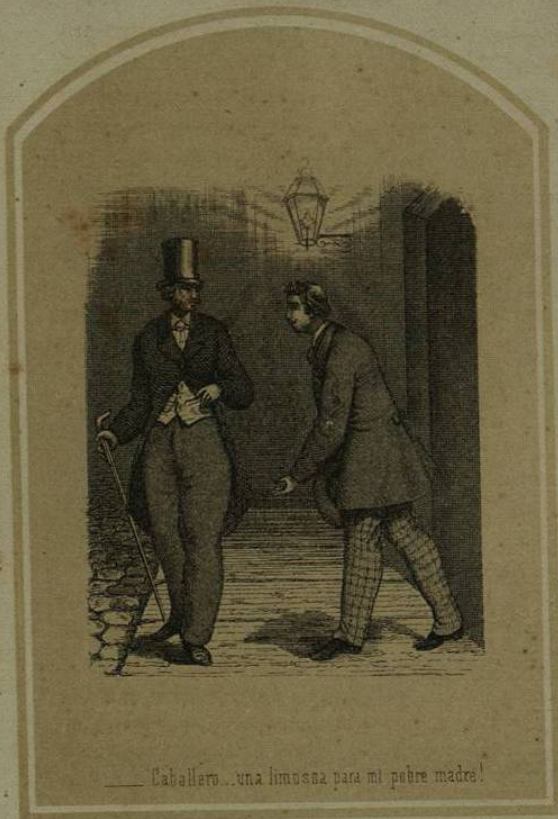
El desgraciado jóven se acusó amargamente cuando el ruido de aquellos pasos que se alejaban le hizo comprender que quizá habia dejado perder un socorro inmediato y precioso.

—¡Oh, qué miserable soy! murmuró con ahogado acento. ¡Héme aquí detenido por viles escrúpulos, en tanto que mi infeliz madre espira de hambre!

Casi al mismo tiempo que se decia esto, volvió á oír pisadas varoniles, y elevó al cielo sus ojos para pedirle valor.

Sin duda que Dios oyó su ruego, porque tuvo fortaleza para alargar de nuevo su mano y decir con levantado acento, aunque con voz alterada:

—¡Caballero!... ¡una limosna para mi pobre madre!...



— Caballero... una limosna para mi pobre madre!

El que pasaba se detuvo: vió á un jóven de buena presencia, y vestido con una levita negra: buscó en su bolsillo, y sacó un napoleon que puso en aquella temblorosa mano.

—Tome V., hijo mio, dijo, y perdone que no le pueda dar más: cuanto dinero llevaba lo he repartido ya; pero si mañana me espera en este mismo sitio, podré mayor cantidad.

—¡Ah, señor! exclamó Guillermo cayendo de rodillas sobre la acera y pugnando por hallar la mano de su bienhechor: ¡Dios se lo pagará á V.!

—¡Papá!... ¡papá!... gritó á este tiempo una voz juvenil, pero agitada. ¡Ah, papá! ¡Gracias á Dios que llegas!

—¡Hija mia! Esther, ¿qué pasa? ¿Cómo vienes sola? exclamó el interlocutor de Guillermo.

—¡Mamá está mala!..., respondió Esther, cuya voz estaba ahogada en lágrimas.

—¿Qué? ¿Que está mala tu madre? ¿Desde cuándo?... ¡Cómo! ¿No habeis ido á llamar al Sr. Aguado?

—¡Ay! hemos ido, pero tardó en llegar, porque no estaba en su casa; y yo, viendo

que mi pobre mamá no volvía en sí, salí á buscarte sola y casi sin saber lo que hacía.

En tanto que Esther y su padre cambiaban estas palabras, Guillermo, anonadado, permanecía en su humilde postura.

Apenas podía darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo: sus oídos zumbaban espantosamente, y su cuerpo temblaba.

¡Hacia ya doce horas que no comía, y los terribles sacudimientos que acababa de sufrir, quebrantaban su débil organismo!

—¡Ah! ¡Es el hermano de Mercedes! exclamó de pronto Esther reconociendo al jóven.

Inclinóse el Dr. Valladares y reconoció, en efecto, el noble semblante de Guillermo.

—Levántese V., pobre jóven, y vuelva á su casa, le dijo con su voz grave y dulce á la par; ya ve V. cómo tambien á mí me envía una ruda prueba la Providencia; pero no desconfiemos jamás de su misericordia. Mi hija, continuó, acompañará á V. á su casa, y yo, así que vea á mi mujer, iré á ver á su buena madre.

Guillermo no pudo contestar: las lágrimas le ahogaban. Esther tomó su mano y le dijo con dulzura:

—Vamos.

Guillermo se dejó conducir sin decir nada, y ambos jóvenes cruzaron el espacio que les separaba del pasadizo, y bien pronto se hallaron en la habitación del ciego.

—Voy al lado de mi madre, dijo Esther no bien Mercedes abrió la puerta; pero muy pronto volveré aquí.

—¡Oh, sí, sí! exclamó Mercedes; porque tú eres el *Ángel de los tristes*, y solo hay tristeza entre nosotros.

Esther le estrechó la mano y volvió á bajar la escalera.

—¿Traes algo, hermano? preguntó ansiosamente la pobre niña.

—Sí, contestó el ciego, toma.—Y presentó á su hermana la moneda de plata que le había dado el doctor.

—¡Pero, Dios mio! ¡Yo no sé lo que dar á nuestra pobre mamá, Guillermo! dijo Mercedes: está fría, inanimada, inmóvil... no vuelve de su desmayo... ¿Cómo hemos de hacer para que tome alimento?

El silencio siguió á estas palabras: Guillermo no tenía ya fuerzas ni voluntad; la falta de alimento, las horribles sacudidas de aquel día funesto, lo doloroso y extremo de

su situación presente le sumian en una desesperación profunda: ¿qué podrían hacer por aquella madre agonizante un hijo ciego y una hija de tan poca edad que aún no columbraba ninguna de las necesidades de la vida?

¡Y su madre, en tanto, moría sin socorro! Quizá aquel letargo era el sueño de la muerte.

—¿Qué hacemos, Guillermo, qué hacemos? volvió á preguntar Mercedes, cuyos ojos no cesaban de verter lágrimas hacia ya muchas horas.

—¡Oh, Dios justo y misericordioso! exclamó el ciego alzando al cielo sus ojos sin luz y sus enflaquecidas manos: ¿en dónde están tu justicia y tu misericordia?

Un campanillazo respondió á estas palabras.

Mercedes fué á abrir, y entraron tres personas en la sala.

Eran Esther, un hombre de edad madura y aspecto noble, y Lupercia, que traía un cesto tapado.

—Caballero, dijo el recién llegado dirigiéndose á Guillermo: soy amigo y compañero del Sr. Dr. Valladares, que me confía la

salud de su familia: ¿quiere V. confiarme la de su señora madre? Mi amigo me envía á hacer sus veces, pues él se queda junto á su esposa.

—Mi padre vendrá luego, dijo Esther, pues ahora no ha podido separarse de casa.

—¡Oh, señorita! ¡No hay frases en el lenguaje humano que puedan expresar lo que yo siento! exclamó Guillermo; pero caballero, por Dios, vea V. el estado de mi madre, que debe ser muy alarmante... ¡Tenga usted piedad de ella... y de nosotros!

El médico se acercó al lecho y tocó las sienes de la infeliz señora.

No tenia pulso ya, y tan solo un ligerísimo movimiento en la region del corazon le daba alguna diferencia con un cadáver.

El doctor pidió una cuchara á Lupercia, quien sacó una de plata del cesto: sacó él á su vez un frasco de su bolsillo y la medió del líquido que contenia, haciéndolo tragar á doña Clara.

Poco á poco apareció un leve color en las mejillas y en los labios de la pobre señora, que abrió los ojos buscando á sus hijos.

Luego hizo un esfuerzo para levantarse y balbuceó:

—¡Oh, Dios mio!... no me han pagado... ¡Qué será de ellos!...

—Tranquilizate, mamá, dijo Mercedes; aquí están Esther y Guillermo, y además el señor doctor.

—La botella de la leche, señorita, dijo el médico á Esther.

Del cesto de Lupercia salió una hermosa botella blanca, casi llena de leche tibia, y una copa de cristal de roca.

El doctor puso como unos dos dedos en la copa, y la acercó á los labios de la enferma.

—¡Dios mio, Guillermo! ¿Qué tienes? exclamó Mercedes de pronto: ¡qué pálido te pones!

—Hija mia, es preciso dar de comer á esos desgraciados jóvenes, dijo el doctor á Esther.

—Al instante, repuso la jóven: Lupercia, desocupa esa mesa y cúbreala.

La muchacha obedeció, y la mesa que habia en la estancia se vió bien pronto cubierta con un mantel, sobre el cual lucian un plato de pescado frito, otro de asado y algunas frutas.

—Vamos á cenar, dijo Esther: el estado de mi madre es mucho menos alarmante, y

como el doctor y yo no queríamos dilatar nuestra venida, hemos hecho traer á Luper-
cia la cena aquí. Amigo mio, Mercedes,
continuó con suma gracia, es preciso que
nos acompañeis á cenar.

—¡Oh, señorita! exclamó Guillermo: ¡de
qué manera tan sublime cumple con el pre-
cepto misericordioso que manda *dar de co-
mer al hambriento!* ¡Sí, porque nosotros te-
nemos hambre, y mi pobre madre de hambre
se moría también!

—¡Qué! ¿No quieres cenar, hermano? pre-
guntó Mercedes con desconsuelo, porque la
infeliz criatura se sentía desfallecida de de-
bilidad.

—¿Por qué no? repuso el ciego: ¡sí, tomaré
de ese alimento que me ofrece la santa ca-
ridad! Jamás han avergonzado sus dones á
los corazones honrados: solo las malas ac-
ciones deben causar rubor, y yo, que des-
confiaba ya de la misericordia divina, me
inclino ahora ante la inmensidad de su
grandeza.

Sentóse Guillermo á la mesa al acabar
de pronunciar estas palabras, y la cena em-
pezó.

El pobre jóven tenia razon. Jamás se ha-

bia cumplido más extensamente la segunda
de las obras de misericordia que en aquella
ocasion.

El Ángel de los tristes daba de comer al
hambriento con toda la nobleza, con toda la
mansedumbre, con toda la delicadeza de que
es capaz un corazon cristiano y un corazon
de mujer.

La pobre Mercedes comia casi con afan:
hacia tanto tiempo que su paladar solo pro-
baba alimentos mezquinos y ordinarios, que
aquel banquete le parecia un sueño.

De repente la voz de su desfallecida ma-
dre fué á distraer su atencion, ó más bien,
á herir su oido de un modo doloroso.

Un murmullo débil é ininteligible se es-
capaba de los labios de doña Clara.

El médico, que aparentaba comer, pero
que, como Esther, casi no habia probado los
manjares, se aproximó al lecho.

—Es natural, dijo, que entre la reaccion:
hay un poco de fiebre, pero no ofrece nin-
gun cuidado.

En efecto, las mejillas de doña Clara se
habian encendido poco á poco, y su pecho
latia con una fuerza insólita: empezaba á
agitarse, y las palabras salian de sus labios

con mayor claridad, á causa del estado febril que le prestaba fuerza.

Toda su dulzura, toda su paciencia habitual parecian haber desaparecido ante un violento enojo, ante una dolorosa indignacion.

—¡Ah, infame! exclamó de repente en voz alta: ¡oh, vil Valladares! ¡Tú eres la causa de nuestra miseria! ¡Tú... tú has robado á mis hijos el pan que les habia ganado su padre!

—¡Qué es lo que oigo! dijo á la puerta de la estancia, con voz grave y dulce, el padre de Esther.—Y sin detenerse á mirar á los que comian, se fué derecho á la alcoba y se apoyó anhelante en el lecho.

En tanto la señora de Rocamora se agitaba más violentamente, acosada por las visiones de su delirio.

—¡Es preciso buscarle! gritó incorporándose con una fuerza de que no se la hubiera creido capaz: ¡es preciso buscarle... prenderle!... ¡su quiebra es falsa!... ¡y se lleva treinta mil duros que son la herencia de mis hijos, y cuya pérdida costara la vida á mi marido!... ¿Que cómo se llama?... ¡se llama Manuel Valladares... sí!... Valladares, el

banquero, que hasta hoy ha tenido tanta fama de honrado!... ¡y que es un infame!

El doctor se separó del lecho, pálido y trémulo, y pasó por su frente, cubierta de sudor, su pañuelo de batista; luego se acercó á Guillermo y le puso la mano en el hombro.

—Jóven, le dijo con voz lenta y solemne; por la memoria de su padre, le ruego que me responda la verdad acerca de lo que voy á preguntarle: ¿tenia su familia de V. fondos colocados en casa del banquero Valladares?

—Mi padre habia colocado en esa casa toda su fortuna.

—¿Y la pérdida de esa fortuna es la que ha reducido á Vds. al lamentable estado en que se ven?

—¡Ay, caballero! ¡La pérdida de todos nuestros bienes nos ha reducido á la miseria!

Reinó un instante de silencio durante el cual todos los corazones latian: el doctor, cuya frente se hallaba cubierta con la púrpura de la vergüenza, hizo sobre sí mismo un poderoso esfuerzo y dijo con acento firme:

—Yo soy el hermano del banquero Valla-

dares, y diera la mitad de mi vida, añadió con vehemencia, por poseer la suma que su padre de V. depositó en su poder, á fin de poderse la entregar á V.; pero, caballero, soy casi pobre; deseoso de borrar la odiosa acusacion de robo que pesaba sobre el nombre de mi familia, he dado á los desgraciados cuanto tenia, y mi fortuna es muy escasa.

—Señor... balbuceó Guillermo con respeto.

—Pero, prosiguió el doctor, me quedaré solo con pan para mi esposa y mi hija, y todo el resto de lo que poseo será á V. entregado dentro del dia de mañana.

—¡Jamás! exclamó Guillermo: ¡mi madre y yo jamás aceptaremos tal sacrificio!

—¿Y por qué no, hijo mio? preguntó el médico con triste sonrisa: yo quiero salvar el nombre de mi padre, el nombre de mi hija de la mancha que le ha impreso mi culpable hermano: no me prive V. de esta justa satisfaccion: en tanto que yo pueda evitarlo, no habrá un ladron en mi familia.

—Lo hará como lo dice, dijo al oido de Guillermo el otro médico.

—¡Y hará su deber! añadió Esther, con su voz dulce como el canto de un ángel. Sí, pa-

dre mio, añadió tomando las manos del anciano; tu hija te bendecirá por tu fortaleza, por tu virtud.

—¡Oh, no tener yo vista! exclamó Guillermo, que cruzaba la estancia con una especie de desesperacion; pero así, ¿cómo impedir tan enorme sacrificio?

Estas palabras del jóven hicieron volver la cabeza al doctor, que llevó la mano á la frente y se aproximó á aquel con viveza, como si le hubiera herido un rayo de luz.

Guillermo se sintió detenido por la mano del médico, que acercó á sus ojos el velonci-to de hoja de lata.

—¿Ve V. la luz? le preguntó.

—No, señor, contestó Guillermo con tristeza.

—¿Nada? ¿nada absolutamente?

—Veo, ó mejor dicho, noto su resplandor.

—¿Le han visto á V. otros facultativos?

—Muchos, y todos han declarado que lo que yo tenia era gota serena.

—Se han engañado, pues; dijo el doctor con voz que temblaba de satisfaccion: se han engañado, y por ello doy gracias al cielo. Jóven, continuó el médico, yo devolveré á V. la vista, y de este modo dejaré satis-

fecha la parte de deuda de mi desgraciado hermano que no alcance á cubrir mi fortuna.

—¡Dios mio! exclamó Guillermo: ¿he comprendido mal? ¿Podrá V. sacarme de esta eterna noche?

—¡Sí, pobre jóven! ¡Devolveré á V. la luz, el porvenir, la felicidad! ¡Así Dios me devuelva la vida de mi esposa, amenazada por una enfermedad mortal!

El médico, dichas estas palabras, salió seguido de su hija.

Junto á la postrada doña Clara, quedaron el otro doctor y Lupercia.

En cuanto á Guillermo, se encaminó á su cuarto y se dejó caer de rodillas, llorando de felicidad, y pidiendo perdon á Dios por su falta de esperanza.

X.

Dos dias despues, tenia lugar una importante escena en casa del Dr. Valladares.

Eran las dos de la tarde.

En una alcoba sostenida por graciosas columnas de jaspe, y acostada en un gran lecho, se hallaba la madre de Esther inmóvil, pálida y al parecer sin vida.

No veia, no oia, ni siquiera abria los ojos: á un lado del lecho estaba en pié el Dr. Aguado, y al otro Esther de rodillas y rezando.

El Angel de los tristes lloraba: de cuando en cuando desunia sus manos, blancas como el marfil, para enjugar las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Delante del balcon se hallaba sentado